

**Notas del académico José Antonio Pascual leídas el 17.3.2014
en el Teatro María Guerrero, con motivo de la sesión de
«Cómicos de la lengua» sobre el *Libro de buen amor*.**

Imaginemos que pudiéramos llegarnos al siglo XIV para oír contar allí una historia. Es lo que vamos a tratar de hacer, intentando recomponer aquellos momentos con nuestro ingenio, sin movernos de nuestro propio presente. No disponemos para ello de grabaciones que nos permitan reconstruir cómo se pronunciaba el castellano en aquella época, pero por distintos caminos los filólogos hemos ido adquiriendo ciertas ideas acerca de cómo se hablaba entonces. Sirviéndose de ellas, Carlos Hipólito nos leerá una historia escrita por el arcipreste de Hita ¡Hace de esto ya casi siete siglos! Al actor le corresponde aflojar el corsé que le hemos impuesto los filólogos y hacerse con el texto –y aquí es donde se verá su oficio— rompiendo con una inexistente uniformidad en la pronunciación. Igual que hacemos nosotros al hablar, unas veces exagerará un sonido, otras pasará imperceptiblemente sobre él como sobre ascuas, hasta lograr crear la ficción de que se trata de su forma normal de expresarse. Porque lo que está escrito en un libro, aunque parezca un monumento inalterable, encubre la lengua oral, viva, sometida a contradicciones y a la lucha entre formas anticuadas y novedosas, cultas y populares.

No piensen ustedes que les vamos a pedir un gran esfuerzo para entender el texto. Van a tener pocos problemas, pues no es tanto lo que nos separa de la manera de pronunciar del arcipreste de Hita, que es quien escribió este libro en que se cuenta, entre otras muchas cosas, la historia de don Melón y doña Endrina.

Situémonos para ello a Toledo o lleguémonos a Talavera o a Alcalá de Henares o a Hita, pues el arcipreste, que se movía bien por esos que ahora llamaríamos núcleos urbanos; pero era también un asiduo del campo y posiblemente un amante de la sierra... Conocía muy bien la manera de hablar de su época, que como la nuestra, no consistía en un sistema cerrado con soluciones uniformes, sino que estaba llena de posibilidades muy distintas, según los distintos lugares en que se empleaba. Y hasta podía acoger elementos de otros dialectos, leoneses por ejemplo. Juan Ruiz, como cualquiera de nosotros, hablaba una lengua que no era pura, sino muy mezclada. No solo por la

interferencia de distintos dialectos o por el recurso a los préstamos, del árabe o del francés, por ejemplo, sino porque se daban diferencias muy claras entre la manera de expresarse los distintos grupos sociales: viejos, jóvenes, escolares, clérigos, dignatarios eclesiásticos, campesinos... Por esas diferencias se explica que el diminutivo *-illo* se pronunciara así, como lo hacemos nosotros, o, de una manera más conservadora, *-iello*; del mismo modo que en los imperfectos se podía decir, *tenié* o *tenía* y en los posesivos *el mi niño* o *mi niño*. Junto a *aqueste*, se empleaba alguna vez *aquest*, junto a *nieve*, *nief*, junto a *sodes*, *sos*, junto a *cantades*, *cantás*.

Son diferencias que no complicarán demasiado la comprensión de la historia que les van a contar. Tampoco entorpecerá mucho que la *f* unas veces se mantenga, como en *fiebre*, y otras se aspire, como ocurre hoy en algunos lugares: [*'hie bre*] o [*'ha ba*] o [*he 'rra da*], o incluso se pronuncie, como hacemos casi todos nosotros, sin aspiración: [*'a ba*] o [*e 'rra da*]

Las mayores diferencias las percibirán en una serie de consonantes que hemos perdido, que se pronunciaban llevando la parte delantera del dorso la lengua tras los alvéolos, o una parte más retrasada del dorso hacia la parte central del velo del paladar:

Casos para los que yo empleo el sonido "ce" se pronunciaba entonces con [ts]: *platsa*, *conotser*, *lotsana*; o con [dz]: *dedzir*, *fadzían*
Casos para los que yo empleo el sonido "jota" se pronunciaba entonces con [j]: *mujer*, *gente*; o con [sh]: *quexura*, *abaxé*.

Junto a ellas existía una [z] sonora que hemos perdido:

La [z] de *quiso* o *deseo*, frente a la [s] de *viessé*, *passar*, *sossegada*.

Un sefardí nos sorprendería pronunciando *abaxo*, *quixe*, *ijos*, *jeneroso*, *jente*, en la forma en que los pronunciaba Juan Ruiz. Algunos de estos sonidos se conservan en francés, en italiano, en catalán o en gallego: *cheval*, *azzurro*, *rosa* o *lixeira*.

Se verá con ello que nuestra lengua ha experimentado un proceso de simplificación, originado por la supresión, a partir de la Edad media, de unos cuantos sonidos consonánticos que estaban situados entre los dientes y el velo del paladar, así como la *s* sonora. Los que quedaron se convirtieron en la "jota" y en la "ce" (fijándome en mi manera de pronunciar) actuales.

Pero dejémosnos de explicaciones y vayamos ya al pasado para encontrarnos en él con Juan Ruiz, arcipreste de Hita.